



Historia de hospitales porteños

Con esta primera nota, la Subcomisión de Medicina nos introduce en la historia de nuestros hospitales porteños. En este caso, se cuentan los orígenes del Hospital Dr. Enrique Finochietto, focalizados en la figura del médico que le dio nombre. La vida de este profesional pionero aparece cruzada por el tango y los personajes de la música ciudadana.

Por las Traductoras Públicas Marina González y Elsa González Guirado, miembros de la Subcomisión de Medicina de la Comisión de Área Temática Técnico-Científica

Hoy es noche de gala y tango en el salón Chantecler. Ya se oyen los primeros acordes de la mano de don Julio De Caro, el maestro, con su característico estilo melódico. Un joven llamado Juan D'Arienzo espera su turno al frente de otro conjunto que imprime su sello a puro ritmo, como la vieja escuela de Francisco Canaro y Roberto Firpo.

El alegre santuario está de fiesta; las mesas, servidas. El champán inunda las copas, y vuela el espíritu festivo y no-cherero de Buenos Aires.

Después de una jornada agotadora en el Hospital Rawson, terminada la faena, eminentes cirujanos concurren a la fiesta de los sentidos para disfrutar de la música, los refinamientos culinarios y la amable compañía de madama Ritana, siempre cubierta de alhajas y convidando champán a los invitados.

—Querido amigo —dice el Dr. Enrique Finochietto—, los acordes melodiosos del bandoneón y esos solos de violín arrebatan mi corazón. ¡Gracias!

—Don Enrique —responde el maestro De Caro—, le dedico este tango por la generosidad con que entrega su maestría.

Renée, iluminada por su melancólica belleza, se une al grupo y bebe junto al Dr. Finochietto otra copa burbujeante y sugestiva.

Había sido una tarde intensa en el Hospital Rawson. En el quirófano, el eminente cirujano había practicado cirugía general mientras asistía y enseñaba a los jóvenes estudiantes. A la vez que transmitía nuevas tácticas y técnicas, presentaba instrumentos creados por él y aplicaba los principios que lo guiaban. Trabajaba en cuatro frentes de acción: normalización de las maniobras del cirujano, disposición del instrumental adecuado, colaboración eficaz de los recursos auxiliares y comodidad ambiental. A partir

de 1927, la actividad asistencial y docente adquirió regularidad en su servicio; los «viernes de Enrique Finochietto» constituyeron un espacio de enseñanza coloquial, con practicidad, brevedad y precisión. Fueron, sin duda alguna, los antecesores de lo que vendría luego de la mano de otro grande: Ricardo Finochietto.

—En este caso utilizaremos el separador costal que, como pueden observar, está accionado a cremallera.

—Disculpe, doctor Finochietto, ¿necesita el iluminador?

—¿Se refiere usted al *Frontolux*? Le agradezco, será de gran utilidad.

Es difícil enumerar todos los aportes teóricos y prácticos realizados tanto por él como por sus discípulos y continuadores. En especial, por su hermano Ricardo, maestro orientador y conductor de la Escuela Quirúrgica Finochietto.

Nadie como él creó, mejoró e incorporó tantas tácticas, técnicas e instrumentos que revolucionaron la cirugía de entonces, aún vigentes en la actualidad, en nuestro país y en todo el mundo.

Terminada la jornada académica, y luego de despedir a los últimos discípulos y allegados del departamento de la calle Paraná, ya entrada la noche, se vistió de punta en blanco con un traje oscuro de gran corte, corbata francesa, polainas grises y zapatos de charol.

Al llegar al famoso salón Chantecler, entregó el sombrero Orión y el *foulard* de seda blanca, antes de acercarse a la mesa donde iba a compartir la cena con su entrañable amigo y discípulo, Pedro Chutró. Las primeras notas de un tango melódico llamaron su atención.

—Pedro, escuchá esos acordes... ¡Es un tango impresionante.

—Querido Enrique, es el maestro De Caro inaugurando su última creación: «Buen amigo», con la expresión pura de su alma de artista. Desea corresponder a tus innumerables muestras de bondad con este galardón porteño.

Más tarde, el letrista Juan Carlos Marambio Catán le puso la letra que merecía una música tan valiosa. Con los años, este tango fue grabado por la orquesta del mejor discípulo de Julio De Caro, el maestro Osvaldo Pugliese, y se convirtió en un éxito.

Enrique Finochietto nació en Buenos Aires, el 13 de mayo de 1881. Fue el primogénito de una familia de inmigrantes italianos. Este porteño singular, callado y respetuoso se destacó tanto en lugares selectos así como también en las reuniones populares. Los templos tangueros del Buenos Aires de ayer contaron con su presencia. Supo conjugar la férrea disciplina diurna del hospital al frente de la cátedra, la clase y el libro con la voluptuosidad del esparcimiento nocturno, al influjo de la sensualidad que emanaba de los bandoneones y violines de orquestas típicas, entre risas de mujeres hermosas y el tañido de las copas de champán.

Se graduó en 1904, en una de las más brillantes promociones de cirujanos argentinos, integrada por Pedro Chutró, Salvador Marino, Roberto Solé y Armando Marotta, entre otros. Accedió en poco tiempo al cargo de médico interno ad honórem y colaboró con David Prando en el Hospital Rawson. En 1906 viajó a Europa para formarse junto a las máximas figuras de la época y regresó tres años después, trayendo consigo la perfección de la cirugía austro-alemana de aquel momento. Sin estridencias ni alharaca, sobriamente, promovió desde el Río de la Plata los adelantos sobre anestesia local, raquídea y general, que empezaban a utilizarse en los centros más avanzados del mundo. Su preocupación por evitar el dolor en los pacientes quirúrgicos determinó que, muy pronto, se despertara entre sus primeros seguidores una inquietud humanística acerca de formar una especialidad médica dedicada a suprimir el feroz sufrimiento que por entonces debían enfrentar los pacientes. En 1913 fue designado jefe de cirugía de la Sala VI del Hospital Rawson.

Cuando comenzó la Primera Guerra Mundial, la República Argentina instaló un hospital próximo al Bois de Boulogne para atender a los soldados franceses, iniciativa impulsada por el embajador argentino en Francia, Marcelo T. de Alvear. A pesar de que estaba desarrollando una carrera profesional brillante, el Dr. Enrique Finochietto partió hacia París junto con su amigo y colega, el Dr. Pedro Chutró, para atender a los combatientes, como jefe del Hospital Argentino en París. Debido a la actitud y el brillante desempeño, el Gobierno de Francia le otorgó su mayor distinción: la medalla de oro oficial de la Legión de Honor.

En 1926 recaló en el Pabellón 9, donde se evidenció su política de perfeccionamiento técnico quirúrgico, producto de su genio y practicidad.

Fue «buen amigo» de gente de todo lustre y rango, cirujano de celebridades y de mujeres y hombres comunes. Según palabras de su discípulo, el Dr. Jorge Viaggio, Finochietto supo ser amigo y cirujano de la Rubia Mireya, además de admirador e introductor de Gardel en París. A pedido del Zorzal Criollo, accedió a acompañarlo en un viaje memorable en barco y formó parte del grupo de amigos que atravesó el Atlántico para presentar en su carácter de medalla de oro de la Legión de Honor al Morocho del Abasto. Carlos Gardel entró de su mano por la puerta grande en el mundo artístico y cultural de la Ciudad Luz.

—Estimado Enrique, ¿cómo agradecerle?

—No he hecho más que presentarle a algunos amigos que, seguramente, lo recibirán con los brazos abiertos en cuanto escuchen su voz tan maravillosa y se emocionen con sus melodías, tal como nos ocurre a los porteños. Estoy seguro de que usted triunfará en París, don Carlos, y será un digno embajador de la cultura popular en estas tierras.

—Me siento profundamente conmovido por su generosidad. ¡Gracias, otra vez, y que Dios lo bendiga!

En aquella mezcla de ciencia y bohemia, de quirófano y cabaré, de estudio y diversión, de cátedra y calle, por voluntad de la opinión pública de Buenos Aires fue incluido en el selecto grupo de personajes ilustres y míticos que recibieron el sublime apodo de «Los Inmortales».

En la Escuela Finochietto, empezaron a desarrollarse no solo cirujanos, sino también grandes clínicos, patólogos, laboratoristas, hematólogos y entusiastas colegas de otras especialidades que, a partir de entonces, se fueron haciendo paulatinamente imprescindibles para el diagnóstico y el tratamiento, lo que hoy denominamos «equipos multidisciplinarios».

Por razones de espacio y comodidad, Finochietto se mudó a una casa nueva en Paraguay, esquina Carlos Pellegrini. Allí trasladó sus libros, muebles, cuadros y esculturas. Admirador de los genios renacentistas y de los impresionistas, gran lector, adquirió ejemplares valiosos y coleccionó obras de arte. Siempre con la colaboración entusiasta de su querido hermano Ricardo, no solo recibió amigos, pacientes y personalidades, sino que educó y orientó a las generaciones jóvenes de cirujanos que visitaban a diario su completa biblioteca particular.

Don Enrique había tenido en marzo de 1947 un episodio de confusión mental mientras estaba en la calle, como primera manifestación de un tumor de pulmón. Falleció casi un año después, a los 66 años.